

indiferente, neutral, a esta lucha en que vive la humanidad no se concibe. Aquél que todavía cree que el artista debe aislarse en la clásica y vetusta «torre de marfil» a hacer un arte puro, se asemejaría a Plinio, quien estudiaba a un orador griego mientras el Vesubio cubría con su lava la ciudad en que estaba.

Esta simpatía por los trabajadores irrumpe en las páginas finales del libro en forma un tanto estrepitosa, un tanto panfletaria, casi demagógica, restándole al arte la misión sugeridora que lleva en sí. La propaganda o simpatía por tal ideología debe resultar de los hechos mismos, sin que se advierta intención preconcebida en el narrador. De la escueta narración de hechos verídicos, surge, implacable, la condenación.

De los relatos que constituyen estas páginas novelescas, tres merecen, a nuestro juicio, señalarse marcadamente: el hombre que muere helado en un frigorífico donde ha sido encerrado por un capataz inescrupuloso e inhumano,—el duelo de dos buzos,—y la pelea en el faro. La tragedia se insinúa sobriamente, sin truculencias, acentuando con ello los rasgos humanos de esas vidas anónimas y simples que Marín encontró en la región magallánica, las cuales nos las da a conocer encuadradas dentro de su propio ambiente.—MILTON ROSSEL.



ANTOLOGÍA DE LA POESÍA NEGRA AMERICANA, por *Ildefonso Pareda Valdés*.—Editorial Ercilla.

Entre los intelectuales uruguayos, ninguno hay tal vez que tenga mayores vínculos afectivos con los escritores de nuestro país, que este poeta, hoy incorporado a la lucha activa social en su patria y en América, del lado de las clases explotadas y en contra de los explotadores. Durante su paso por nuestro país, nos dejó conocer la entereza moral de su espíritu y nos mostró los múltiples aspectos de su talento. Poeta y ensayista, cultiva tam-

bién la crítica de arte y de música especialmente. En nuestra Universidad, dictó una interesante conferencia sobre Debussy que publicó después en elegante folleto. Ha publicado volúmenes de índole diversa. Fundó en su país el «Cine Club» con fines de alta cultura y ha ejercido la cátedra de estética en la Universidad de Montevideo. De profesión abogado, abandonó ésta cuando se dió cuenta de que era necesario consagrar por entero todas sus energías y capacidades a la causa revolucionaria. Milita en la extrema izquierda uruguaya y su nombre figura en todos los periódicos marxistas y revolucionarios de éste y otros continentes. La Biblioteca América de la Editorial Ercilla ha reunido su selección de poemas negros americanos en un elegante y sobrio volumen. Nadie más capacitado que Pereda Valdés para hacer una selección como ésta: desde hace más de diez años a que venía preocupándose del «folklore» negro en nuestro continente. El mismo ha escrito también poemas de color y con ellos ha hecho un volumen en 1930. Difícil sería agregar una sola palabra más a los breves y concisos comentarios que definen la personalidad de cada uno de los poetas estudiados en esta Antología. Están allí los gigantes de la poesía negra norteamericana, como por ejemplo: Langston Hughes, Vachel Lindsay, Charles Mackay y al lado de ellos, se exhiben los poetas de nuestra América indoespañola: Nicolás Guillén, Emilio Ballagas, Marcelino Arzarena, etc. ¿Cómo no citar algunas de estas estrofas maravillosas del cubano Guillén? «Velorio de papá Montero»:

«Quemaste la madrugada—con fuego de tu guitarra,—zumo de  
caña  
en la jícara—de tu carne prieta y viva,—bajo luna muerta y  
blanca—El son te salió redondo—y mulato como un rúspero.—  
Bebedor de trago largo,—guargüero de hoja de lata,—en mar de  
ron barco suelto,—jinete de la curubancha—¿qué vas a hacer  
con la noche—si ya no podrás tomártela,—ni qué vena te dará—

la sangre que te hace falta,—si se te fué por el caño—negró de la puñalá?—¡Ahora sí que te rompieron,—Papá Montero!», etc.

Y aquella «Balada de los dos abuelos», que es toda la tragedia y el orgullo del mestizaje:

«Sombras que yo sólo veo,—me escoltan mis dos abuelos.—  
Lanza con punta de hueso,—tambor de cuero y madera—  
mi abuelo negro.—

Pic desnudo, torso pétreo—los de mi negro;—  
¡pupilas de vidrio antártico,—las de mi blanco!», etc.

Finaliza el libro con una selección de «Spirituals», canciones o mejor oraciones, anónimas que cantan los negros de las plantaciones de las cárceles de EE. UU. Su fuerza de expresión y su vibración de dolor es superior a todo cuanto pudiera decirse:

«Las ropas todas harapientas,—los dedos de los pics tocando el suelo—Ando sin trabajo.—¡No hay trabajo que se pueda encontrar!—Seguramente que ser pobre—es bastante malo—. Pero ser pobre y ser negro—¡Dios mío, eso sí es duro!  
Tengo hambre y frío,—no tengo donde ir.—En mi cara—los blancos cierran la puerta.—Oígame, señor:—Déjeme partir, morir,—¿Cuándo? ¡Oh! ¡Señor!—¡Oh! ¡Señor! ¿Cuándo?»

La versión castellana de estas estrofas apenas deja comprender toda la grandeza de ese lamento salido de las entrañas del alma negra, mezcla de fatalidad y misticismo elemental. Pereda Valdés ha hecho una magnífica contribución a la cultura y el conocimiento del arte americano.—JUAN MARÍN.

